

La filosofía náhuatl

Estudiada en sus fuentes



Miguel León-Portilla



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Miguel León-Portilla

“Conclusión”

p. 375-381

La filosofía náhuatl

Estudiada en sus fuentes

Miguel León-Portilla (autor)

Ángel María Garibay K. (prólogo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,

Instituto de Investigaciones Históricas

Ilustraciones

(Cultura Náhuatl. Monografías 10)

Primera edición impresa: 1956

Décima primera edición impresa: 2017

Primera edición electrónica en PDF: 2017

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2019

ISBN de PDF 978-607-30-1473-1

<http://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>.

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

CONCLUSIÓN

Se ha señalado varias veces que en el plano *místico-militarista* la religiosidad de los aztecas se orientó por el camino de la guerra florida y los sacrificios sangrientos, destinados a conservar la vida del sol amenazado por un quinto cataclismo final. En este sentido, el ideal supremo de los guerreros aztecas fue el cumplir su misión como elegidos de *Tonatiuh* (el Sol), que necesitaba de la sangre, el líquido precioso, para continuar alumbrando en todo el *cemanáhuac* (el mundo). Mas, frente a quienes así pensaban y actuaban, ya hemos visto también, a través de todo este trabajo, la diferente actitud de numerosos *tlamatinime* que a la sombra de *Quetzalcóatl* —símbolo del saber náhuatl— prefirieron encontrar el sentido de su vida en un plano intelectual. Coexistieron así —como lo demuestran los textos— dos concepciones distintas, y aun tal vez opuestas, del universo y la vida. Lo cual no debe provocar extrañeza, ya que, si se mira un poco la historia, pueden encontrarse varias situaciones semejantes aun en nuestros propios tiempos. Recuérdese, sólo por vía de ejemplo, el caso de la Alemania nazi en la que también, al lado de una cosmovisión místico-militarista, coexistió un pensamiento filosófico y literario auténticamente humanista, cuyos ideales divergían por completo de los del partido nazi.

Tomando, pues, en cuenta, que una tal convivencia de humanismo y barbarie parece inherente a la mísera condición del llamado *animal racional* —y sobre la base de lo que hemos ido hallando en esta investigación del pensamiento filosófico náhuatl—, creemos llegado el momento de destacar el valor fundamental que dio color y orientó definitivamente la concepción de los *tlamatinime*.

Partamos para esto de la que parece haber sido la experiencia original de los *tlamatinime*: la transitoriedad y fragilidad de todo cuanto existe. “Aunque sea jade se quiebra, aunque sea oro se rompe,

aunque sea plumaje de quetzal se desgarran...” Y es que “ciertamente no es ésta la región donde se hacen las cosas: aquí nada verdea...” “Sólo soñamos, sólo es como un sueño...”

Semejante experiencia suscitó bien pronto en la mente náhuatl una doble pregunta, la primera de sentido práctico y especulativa la segunda: “¿Sobre la tierra, vale la pena ir en pos de algo?” y “¿acaso hablamos algo *verdadero* aquí?” Y como *la verdad* es lo que da cimiento a las cosas, la última pregunta pronto se desdobló en otras dos más precisas y apremiantes aún: “¿Qué está por ventura en pie?” y “¿son acaso *verdad* los hombres?” O sea, en otras palabras, ¿tienen cimiento y verdad cosas y hombres o sólo son como un sueño: como lo que se piensa mientras uno despierta?

En el plano cosmológico, la pregunta se formula frecuentemente con el lenguaje de los antiguos mitos cósmicos y con el sentido de apremio que se deriva del posible cataclismo del quinto sol. Desde el punto de vista del hombre, que parece venir a la tierra sin “un rostro y un corazón bien formados”, el problema de su propia *verdad* surge aún más imperioso ya que abarca su origen, su persona y destino final.

Largas y profundas fueron las meditaciones de los sabios nahuas acerca de la posible *verdad* del universo y del hombre. Y lo más admirable de todo es que, en vez de lanzarse a crear un sinnúmero de hipótesis, llegaron antes a preguntarse —frente a las creencias de su religión— si era posible “decir la verdad en la tierra”. Porque, dando a su pensamiento una clara orientación metafísica, comprendieron que si en la tierra todo perece y es como un sueño, entonces “no es aquí donde está la verdad”. Parecía, por tanto, necesario ir más allá “de lo palpable, lo visible”, en pos de “lo que nos sobrepasa, la región de los muertos y de los dioses”.

Pero, ¿cuál era el camino para llegar hasta allá y poder encontrar así “lo verdadero”? Comenzó entonces un intento de dar con el camino que lleva a decir palabras verdaderas en la tierra. La vía religiosa de los sacrificios y ofrendas es desechada porque el Dador de la vida se muestra siempre inexorable. No era tampoco el raciocinio, o la pretendida adecuación del pensamiento con la realidad de las cosas, la forma como se podía responder al problema. Y esto porque si aquí “todo cambia, perece y es como un sueño”, siempre quedará

sin una respuesta segura la eterna pregunta de los nahuas sobre el más allá: “¿Cuántos dicen si es o no verdad allí?”

Llegaron así los *tlamatinime* al borde mismo de la duda universal, que condujo a algunos de ellos a una cierta posición de resignado “epicureísmo”, en la que se afirma que lo único valioso es gozar y alegrarse un poco en la tierra.

Mas, frente a esta actitud de desesperanza intelectual apareció al fin conscientemente la que llegó a ser respuesta característica de los *tlamatinime* al problema del conocimiento metafísico. Se trata de una especie de intuición salvadora. Hay un modo único de balbucir de tarde en tarde “lo verdadero” en la tierra. Éste es el camino de la inspiración poética: “flor y canto”. A base de metáforas, concebidas en lo más hondo del ser, o tal vez “provenientes del interior del cielo”, con flores y cantos, es como puede apuntarse de algún modo a la verdad.¹

Comenzó entonces a elaborarse —sin pretensiones ni arrogancias, sino con la clara conciencia de ser un atisbo—: “flor y canto”, el aspecto constructivo de la filosofía náhuatl. Surgió en el plano filosófico la metáfora suprema de *Ometéotl*, el dios de la dualidad, el inventor de sí mismo, generación-concepción cósmica, dueño del cerca y del junto, invisible como la noche e impalpable como el viento, origen, sostén y meta de cosas y hombres. Porque ¿qué “flor y canto” más elevado pudiera pensarse para expresar el origen del universo que el verlo como el resultado exterior de una misteriosa y continua fecundación en el seno mismo del principio dual?

Él es simultáneamente “madre y padre de los dioses”; allá “en su encierro de turquesas, en las aguas color de pájaro azul, es el que mora en las nubes, en la tierra y en la región de los muertos, el señor

¹ Extraordinario parece encontrar esta misma afirmación en uno de los trabajos del filósofo alemán Martín Heidegger. Dice éste en *Aus der Erfahrung des Denkens* (1954): “Tres posibilidades se ciernen sobre el pensar: una buena y provechosa, la proximidad de volverse cantante o poeta. Otra mala y, por esto, sutil: el mismo pensamiento, que lleva a pensar contra sí mismo, cosa a la que rara vez se atreve. Pero la posibilidad más peligrosa es precisamente la de filosofar...” (o sea, la del pensar frío y abstracto). (*Op. cit.*, p. 15.) Y es que, como afirma más abajo: “hasta ahora ha estado oculto el carácter poético del pensar...” (*ibid.*, p. 23).

Lo cual, añadimos —tomando en cuenta lo mostrado por los textos—, no estuvo precisamente oculto para los *tlamatinime*, para quienes el único tipo de conocimiento verdadero fue el de la poesía, “flor y canto”.

del fuego y del año”, aquél “en cuya mano está el Anáhuac”. El espejo de la noche y el día, que ahúma e ilumina a las cosas: que les da *verdad* y las hace desvanecerse “en la región del olvido”. “El inventor de hombres; el que los mete como gotas en el vientre materno; aquel que tiene a los hombres y al mundo en la palma de su mano y remediéndolos se divierte y se ríe”: *Ometéotl*, concepción metafórica de Dios, a base de lo más elevado y bello, las flores y el canto.

Y de manera semejante a lo dicho acerca de *Ometéotl*, fundamento y *verdad* de todo cuanto existe, continuaron los *tlamatinime* elaborando una doctrina acerca del hombre: “rostro y corazón”, acerca de su albedrío y destino, de la bondad moral: “lo conveniente, lo recto”, para culminar con sus ideas sobre la formación de “un rostro sabio y un corazón firme como la piedra”. Y es que, viviendo lo que llamaríamos la indigencia existencial del ser humano, sintieron la necesidad de poner una luz en su vida, de enriquecerla con lo único que da fundamento: la verdad concebida como poesía: flor y canto. El corazón del hombre aparece entonces como un empedernido

ladrón de cantares, corazón mío,
 ¿dónde los hallarás?
 Eres menesteroso.
 Como de una pintura, toma bien lo negro y rojo (el saber),
 y así tal vez dejes de ser un indigente.²

Precisamente con el fin de escapar a esta indigencia y de sentirse centrados en su mundo, se echaron a pensar los sabios nahuas. Y su respuesta suprema fue que la “flor y el canto”, que mete a Dios en el corazón del hombre y lo hace verdadero, nace y verdea principalmente en lo que hoy llamamos *arte*. Significativo es a este respecto el ya citado texto en que aparece la figura del pintor (*tlacuilo*) como el hombre que ha alcanzado la plenitud anhelada: ha logrado que entre Dios en su corazón (*yoltéotl*), que es tanto como decir que tiene la verdad y el fundamento mismo de su ser. Y, siendo entonces un “corazón endiosado”, dialoga con su propio corazón para ir “divinizando a las cosas”, o ir creando arte, como más prosaicamente decimos ahora:

² Ms. *Cantares mexicanos*, f. 68r; AP I, 91.

El buen pintor: entendido,
 Dios en su corazón,
 que diviniza con su corazón a las cosas,
 dialoga con su propio corazón...
 Como si fuera un tolteca
 pinta los colores de todas las flores.³

Es, pues, el pintor —y, como él, los cantores, escultores, poetas y todos cuantos por su arte merecen el título de toltecas (artistas)— “un corazón endiosado”, casi diríamos un visionario, que, por tener en sí su *verdad*, es asimismo creador de cosas divinas, *tlayolteuviani*: “que diviniza con su corazón a las cosas”. Un hombre semejante, realizando el supremo ideal de los sabios nahuas, era llamado también con frecuencia a ocupar las más elevadas dignidades de director en los *Calmécac* y sumo sacerdote *Quetzalcóatl*.

No será por tanto de extrañar que, inculcándose en lo más selecto de la juventud náhuatl este anhelo de *verdad*, como fundamento del propio ser, y como conocimiento de “lo que nos sobrepasa”, se despertara en sus corazones el afán de introducir en sí la firmeza y la luz de *Ometéotl*. Aprendiendo los cantares divinos, contemplando los cielos y “el movimiento ordenado de los astros”, admirando pinturas y esculturas evocaban en sí la inspiración creadora. Entonces, en forma activa comenzaban a ver al mundo y al hombre a través de las flores y el canto. Llegaban a persuadirse de que “sólo esto aquieta y deleita a los hombres”.

Creando su propio marco maravilloso para contemplar el mundo, describe su ser el joven *tlamatini* como una fuente de donde mana la inspiración:

¿Yo quién soy?
 Volando me vivo, cantor de flores,
 compongo cantares,
 mariposas de canto:
 ¡broten de mi alma,
 saboréelos mi corazón!⁴

³ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 117v; AP I, 88.

⁴ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 11v.; AP I, 77.

Dejando nacer en sí mismo “las mariposas de canto”, comienza a decir el *tlamatini* “lo verdadero” en la tierra. Y el pintor, “artista de la tinta negra y roja”, va por su parte “endiosando”, dando *verdad* a las cosas. Y lo mismo el escultor que graba en la piedra los signos que miden la marcha del tiempo, o los ricos enjambres de imágenes que representan dioses y mitos. Todos: filósofos, pintores, músicos, escultores, arquitectos y astrólogos, buscan en el fondo lo mismo, su propia *verdad*, la del universo, que sólo es expresable con flores y cantos.

Por esto en todos los órdenes de la cultura náhuatl hallamos siempre presente el arte: “la divinización de las cosas”, como el factor decisivo. Comprendemos ahora que siendo la belleza lo divino, y, esto a su vez, lo verdadero, lo auténticamente enraizado, todo el pensamiento filosófico náhuatl giró alrededor de una concepción estética del universo y la vida. Conocer la verdad fue para los *tlamatinime* expresar con flores y cantos el sentido oculto de las cosas, tal como su propio corazón endiosado les permitía intuir.

Cultura y filosofía de metáforas, no aspiró a develar por completo el misterio, pero hizo sentir al hombre que lo bello es tal vez lo único real. Y como pensamiento y tendencia a la vez, pretendió dar un rostro sabio a los seres humanos, suscitando en ellos el ansia de robar cantares y belleza. En su impulso en pos de lo bello, vislumbró el hombre náhuatl que, embelleciendo por un momento siquiera a las cosas que se quiebran, se desgarran y perecen, tal vez se logra ir metiendo la *verdad* en el propio corazón y en el mundo.

Tal fue, según parece, el alma del pensamiento filosófico náhuatl. Una concepción valedera quizá en su esencia para un mundo atormentado como el nuestro. “Flor y canto”, camino del hombre que, consciente de su propia limitación, no se resigna a callar sobre lo que puede dar sentido a su vida.

En función de esto, vieron los *tlamatinime* su mundo y estructuraron su cultura. Al lado de una técnica embrionaria, su espíritu supo elevarse a las alturas del pensamiento matemático, a través del cual contemplaron “el recorrimiento de los astros por los caminos del cielo” y a una de las más altas cumbres del pensar filosófico, que les permitió ver y comprender su vida con flores y cantos. Pero su condición misma de cautivos, enamorados de los astros y lo bello,

fue la ocasión principal de su ruina al tiempo de la Conquista. Algo así como si el mundo cambiante de *tlaltícpac* —en misteriosa dialéctica— hubiese urdido un desquite. La cultura de metáforas y números fue destruida con las armas de hierro y de fuego. Se desvaneció como un sueño: “sus plumajes de quetzal se rasgaron, sus obras de jade se hicieron pedazos...” y sólo quedó su recuerdo. La memoria de un mundo bello: endiosado y verdadero, hasta el día en que la belleza tuvo que huir al lugar de su origen, al mundo de “lo que nos sobrepasa”, cuando fueron abatidos los sabios, quemados los códices y convertidos en montones de piedras sin forma las esculturas y los palacios.

Mas cabe afirmar que, en medio de la desgracia venida de afuera, la formación humana de los nahuas, “rostros sabios y corazones firmes”, conservó su grandeza hasta lo último. En su postrera actuación ante Cortés y los doce primeros frailes, después de expresar sus razones, no vacilaron en afirmar los *tlamatinime*, frente a la imagen de su cultura destruida: “Si, como sostenéis, nuestros dioses han muerto, dejadnos mejor ya morir...”⁵

Así amaron los *tlamatinime* su propia cultura, viviendo en su mundo y sabiendo morir en él. Enseñanza final de un pueblo maravilloso que descubrió para pensar el camino de las flores y el canto.

⁵ *Colloquios y Doctrina Christiana...* (edición de W. Lehmann), p. 102, líneas 925-927; AP I, 20.